

(01014)

Consejo de Dirección

Lunes, 09:04 a.m.

Oficinas de Industrias López y Asociados

Mospintoles — Sur de Madrid

Basáñez es el último en entrar en la sala de reuniones. La reunión estaba concertada para las 09:00 horas, y en la empresa es delito llegar tarde a cualquiera de ellas. Basáñez, junto con López, son los únicos que pueden permitirse llegar tarde a las reuniones ordinarias del holding, pero por mera cortesía han de justificar su retraso:

—Lamento la tardanza, señores. El fax se negaba a darme el reporte —se disculpó Basáñez ocupando su sitio en torno a la mesa de reuniones—. Quería traerles a ustedes la confirmación.

—Azucena —López llamó a la secretaria por el intercomunicador.

—¿Sí, señor López?

—Encárguese de que revisen la línea telefónica del fax de la oficina del señor Basáñez. Parece que anda algo torpe y creo recordar que hace un par de años que no le renovamos los equipos para el proceso de la información. Si es preciso que le cambien la máquina.

—Gracias, López —dijo Basáñez—. Ahora llegaré tarde porque estaré aprendiéndome el manual de uso de la nueva maquinita.

El grupo profirió un sordo rumor celebrando la ocurrencia.

—Suele ocurrir, Basáñez —contestó López, que estaba de excelente humor—.

Cuando aprendemos a sacar provecho de estos aparatos es cuando comienzan a fallar. Y vuelta a empezar.

—Pero aquí está el reporte —dijo Basáñez yendo al grano—. Finalmente los alemanes han aceptado nuestra última oferta. No se les podía regatear más. Les hemos dado una fecha para viajar a Berlín a cerrar el contrato.

—¿Por qué Berlín? —preguntó uno de los consejeros.

—Hemos pretextado que López tendrá un largo viaje y hará escala con el tiempo justo en Berlín. Lo cierto es que aprovecharemos tres días en la ciudad para ir viendo las oficinas que adquiriremos en otoño. Tampoco queríamos ir a su ciudad; quizá en su casa se atrevieran a pedirnos algo más. Ya hacemos bastante viajando hasta Berlín para que ellos puedan dar salida al jugador.

—¿Tanta prisa tienen? —preguntó otro de los allí reunidos.

—Prisa no sería exacto —repuso Basáñez—. Quieren coger este tren porque Madrid es un destino muy del gusto del jugador, y no le van a llegar más ofertas de esta capital. Todos nuestros vecinos de primera división tienen ese puesto bien cubierto.

—Sabemos que son capaces de fichar al central sólo para quitárnoslo —argumentó un tercer consejero.

—De momento ninguno de ellos nos ve como rival. Es posible que estemos a salvo en nuestro cascarón de modestia.

—Sin embargo han estado tocando a Piquito —el segundo consejero volvía a tomar la palabra.

Esta vez fue López quien se encargó de responder:

—En ese sentido estén ustedes tranquilos. Piquito no se moverá del Rayo.

—¿Cómo está usted tan seguro, López? —se atrevió a preguntar el mismo consejero.

—Lo estoy. Confíen en mí. Estoy al tanto de la propuesta del Atlético de Madrid y puedo garantizarles que Piquito no se irá del Rayo este año. Además, vamos a blindarle el contrato.

Un rumor de aprobación recorrió la estancia.

* * * * *

Lunes, 09:52 a.m.

**Oficinas de Industrias López y Asociados
Mospintoles — Sur de Madrid**

López ha conducido la reunión hacia los puntos de mayor interés. Dado que habían comenzado a las nueve y cinco minutos quedaba poco menos de un cuarto de hora para el fin de la misma.

Las reuniones del Consejo de Administración seguían unas normas. Los convocados disponen de sesenta minutos para su reunión. Transcurrido ese tiempo, de no haberse tomado una decisión, los razonamientos de la discusión se vuelven circulares y no llevan a ningún sitio.

Sólo es posible permanecer reunidos durante treinta minutos más si todos los asistentes votan afirmativamente, lo cual no suele darse pues los directivos tienen su agenda ajustada para el final previsto de la reunión. Era una forma de rentabilizar el tiempo de cada miembro de la directiva. En ningún caso permanecen reunidos más allá de los noventa minutos.

El orden del día giraba en torno a las contrataciones del Rayo de Mospintoles, y en estos momentos se discutía sobre la llegada de una nueva incorporación que no tenían prevista.

—El chaval de Santander estaría dispuesto a venir a Madrid, pero su padre no está por la labor. Y parece que el crío no se mueve sin que su padre lo autorice.

—¿Realmente necesitamos ese fichaje? —preguntó López dirigiéndose al Director Técnico del Rayo.

—Con él nuestro juego ganaría algo que no tenemos. El chaval es corpulento, tiene una gran envergadura: es muy alto y nada torpe. Estamos haciendo un buen plantel, pero nuestra media de altura no es la mejor. Será un media punta muy difícil de marcar por alto.

—¿Pero no será muy joven para venir a vivir a Madrid? Sólo son dieciocho añitos —insistió López.

—Nuestro informador nos dice que es una persona madura para esa edad. No parece que vayamos a tener problemas por ese lado. Es un joven disciplinado, cumplidor, le gusta entrenar, y lo más importante, ha anotado muchos tantos de cabeza esta última temporada.

—Me gustaría que no olvidáramos que no lo ha hecho en segunda división —terció uno de los reunidos—. Ha demostrado calidad en un grupo de segunda B bastante flojito. De ese grupo ninguno es rival en la fase de ascenso.

—A mí la apuesta me gusta —zanjó López—. Lo que dice Pedregal es cierto, pero hay que tener en cuenta su juventud. Tiene campo para aprender. Es lo que llaman en Sudamérica “un prospecto”. Alguien con proyección. ¿Qué opina el místico de este fichaje?

—No le hemos dicho nada. Ni siquiera sabemos si va a ser el místico esta próxima temporada —recordó Basáñez.

—Tenemos que abordar ese tema ya. ¿Tenemos un hueco mañana para reunirnos exclusivamente para este asunto?

—Se va usted a Alemania... —Basáñez consultaba su agenda electrónica—. Si adelantamos la reunión para las ocho treinta nos daría tiempo.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó López.

Un rumor de asentimiento corrió por la herradura que conformaba la mesa. López volvió a tomar la palabra.

—Bien, resumiendo, el chico de Santander aportará calidad al equipo, tiene buena proyección y capacidad de aprendizaje. Sin embargo su padre se muestra reticente.

—Eso es...

—Para la reunión del lunes que viene quiero un informe sobre las costumbres del padre. Póngale un detective privado si es necesario. A ver qué podemos saber de él para cuando vuelva de Alemania. En una semana tendríamos que conocer algo de las debilidades del padre para poder explotarlas en nuestro beneficio.

La reunión tocaba a su fin. Algunos consejeros empezaban a tener las piernas entumecidas. Ninguno acostumbraba a permanecer de pie tanto tiempo. Ahora que se incrementarían las reuniones del Consejo de Administración del Rayo no les quedaría más remedio que irse acostumbrado a lo que López llamaba el “sistema japonés” de reuniones.

Un gran reloj presidía la estancia. Una mesa alta que más parecía la barra de un bar y con forma de U partía de la pared. Sólo se podía acceder al interior de esta mesa por una abertura en el brazo algo más corto.

Los consejeros permanecían de pie alrededor de aquella mesa-barra. Ni siquiera había un apoyapié. Todas las reuniones del holding de empresas de López se celebraban en aquella sala, donde tenían todo lo requerido para una reunión.

La tecnología se había ido renovando. Ahora sobre la mesa sólo había un proyector que conectándose a los ordenadores de los ejecutivos permitía visionar sobre la pared cualquier tipo de presentación, tanto fotografías, como páginas con texto y organigramas, o vídeos. Olvidado sobre una esquina, cerca del intercomunicador, quedaba un viejo lector de DVD que apenas era utilizado.

Ni siquiera se pedía a los reunidos que apagaran sus móviles. Un inhibidor de frecuencias impedía cualquier distracción con el exterior.

No había mobiliario, pues la mesa era una encimera que no podía considerarse tal ya que estaba sujeta al suelo.

La teoría decía que el tiempo y la actitud eran parte importante en el sistema de reuniones. Los convocados no podían arrellanarse en ningún sillón, remoloneando para reincorporarse a sus otras tareas. Aquella sala era para lo que era y nada más.

Por toda decoración había un cuadro con el anagrama del holding. Ni siquiera una vitrina con diplomas de asistencia a convenciones ni trofeos empresariales o deportivos. Esos enseres estaban en otra sala cercana.

No era extraño que los consejeros tuvieran prisa por abandonar la sala. Llegaban a notar como sus neuronas eran excitadas hasta límites insospechados, sus nervios eran puestos a prueba hasta el quicio de la razón. La disposición de los reunidos en torno a aquella mesa facilitaba el juego de miradas... Allí quedaban expuestas sus almas. Ni traición ni achiques podían pasar inadvertidos en tal lugar. Y López era experto en exprimir el intelecto de sus colaboradores.

Ni siquiera Basáñez podía decir que se sentía a gusto en aquella sala. Era funcional, eso sí, pero no cómoda. No era angustiosa, salvo que alguien tuviera algo que esconder.

López levantó la sesión:

—Para el lunes que viene quiero un informe del destino que tendrán todos los jugadores que saldrán del Rayo. Un folio por cada jugador, detallando sus intereses e inquietudes. Quiero saber si estarán a gusto en sus nuevos equipos. Me importa un bledo que lo estén o no, pero quiero saber si el destino que les hemos buscado se ajusta a sus expectativas. No podemos permitirnos una suerte de motín apoyado por cuatro nostálgicos de la ciudad. No tenemos tiempo para concienciar a nadie y debemos empezar la temporada concitando apoyos y no recelos. Sé que algunos jugadores perderán su estatus actual, pero ni el Rayo ni López Asociados somos una ONG. Vamos a dar de baja a casi medio equipo, y para el año que viene, de cumplirse nuestro objetivo, nos

<http://www.mospintoles.com/>

quedaremos sólo con tres o cuatro chicos de la temporada pasada. Y todo debe ir miel sobre hojuelas. Señores, les agradeceré que me participen cualquier detalle que crean que puede ser de interés para evitar cualquier reticencia al respecto. Nos vemos mañana para tratar de la contratación del míster.